

La literatura de terror en México

Rodolfo JM

SI TUVIÉRAMOS QUE SEÑALAR LA EMOCIÓN HUMANA más profunda, y la más básica, tendríamos que decir que se trata del miedo. A lo desconocido, a la muerte, a la enfermedad, a los demonios de este mundo y del sueño. Las primeras historias que se contaron alrededor de la hoguera, y que se reprodujeron en las paredes de cavernas, en pieles de animales y estatuas de arcilla, se encargaron de transmitir a generaciones el conocimiento. Fueron la principal herramienta con que contaron los pueblos para explicarse tanto el Universo como su propio lugar en él. Y en el centro de esas historias, inconfundible, desvergonzado: el miedo. Mejor dicho: el terror, aquello concebido para provocar miedo. Un breve vistazo a las distintas religiones del mundo nos lo confirmará: en las historias que integran sus cimientos habita el terror, pero no como ficción o literatura, mucho menos como entretenimiento, sino como manifestación de algo más poderoso, algo a medio camino de este mundo y *el otro*, el mundo de lo sagrado y lo terrible, el mundo de lo sobrenatural.

La literatura fantástica, familia en la que por comodidad se ha incluido a los relatos de terror, es a decir de Roger Caillois¹ “una invención relativamente tardía de la literatura culta”. Vale la pena señalar que el periodo



¹ *Visión de la literatura de terror anglo-americana*, Leopoldo María Panero, Ed. Felmar, 1977.

histórico al que se refiere esa “invención” se ubica a finales del siglo XVIII, el Siglo de las Luces. Es en medio de este auge enciclopédico y del pensamiento científico que la novela gótica comienza a incorporar a la tradición literaria los elementos del terror sobrenatural, que en plena época de la razón representaba uno de los discursos del sin sentido, es decir: del mal. Así, el hombre bestia, la casa encantada, los fantasmas, y los seres poseedores de conocimiento prohibido, como brujas y magos, no sólo no fueron exorcizados ni explicados satisfactoriamente por la ilustración; al contrario, tomaron fuerza, se convirtieron en sus inseparables sombras. Si la realidad era el terreno iluminado por la razón, el continente que quedaba a oscuras se reveló más grande, amenazante, y poblado por monstruos.

El siglo XX trajo consigo algunos de los eventos más importantes y terribles que ha conocido la humanidad. Época rica en revoluciones y conflictos, también trajo consigo una nueva forma de imaginar el mal. Influidos por escritores como Arthur Machen, Lord Dunsany, Edgar Allan Poe, y las *pulp magazines* de la edad de oro de la ciencia ficción, un grupo de escritores comandados por Howard Phillips Lovecraft describió en *Los mitos de Cthulhu*² no un mundo amenazado por lo sobrenatural sino un Universo irracional, inhumano, y por tanto maligno. Los viajes en el tiempo, la posibilidad de vida alienígena, las dimensiones alternativas y los mundos paralelos, permitieron inaugurar el terror cósmico, o materialista, como le llamó el mismo Lovecraft.

Resulta significativo pensar que el cuento contemporáneo, cuya estructura domina hasta nuestros días, haya nacido con la obra de Edgar Allan Poe y Horacio Quiroga, escritores considerados “de terror”. También es significativo el que la mitología inaugurada por Lovecraft sea una de las más atractivas e influyentes, no sólo de la literatura, sino de la cultura popular.

Algo similar sucede con la obra de Stephen King. Los miedos y deseos de la clase industrial trabajadora, que vive en los suburbios y se alimenta de comida chatarra, son la materia prima de la cual abrevó King. El mal que acecha en su obra es sobrenatural muchas veces, cósmico en otras, pero en todos los casos se presenta mezclado con los horrores cotidianos: el crimen,



Fotogramas de *London After Midnight* de Tod Browning, 1927. (Getty Images Latin America / Album-Online / M.G.M)

² Se conoce como *Los mitos de Cthulhu* a la serie de relatos escritos por Lovecraft y su círculo (Robert Bloch, August Derleth, Henry Kuttner, entre otros).

la guerra, el racismo, el desempleo. En las historias de King, el monstruo puede ser un vampiro o un alienígena, pero en todos los casos vive en el mismo barrio que nuestros seres queridos. Peor aún, su apariencia es la de cualquier vecino. Pero más importante que cualquier controversia o prejuicio, sobresale el interés de la gente por las historias de terror. Por conocerlas, contarlas y trasmitirlas. Admitámoslo: de cuando en cuando nos gusta sentir miedo.

Si bien es posible distinguir con claridad una estirpe de autores que ha cultivado exclusiva y constantemente la narrativa de terror, sobre todo en los países de habla inglesa, también es posible encontrar sus huellas en otras geografías. En México, un país donde históricamente los escritores se han caracterizado por su tendencia al costumbrismo, hay también una constante macabra que se refleja no sólo en la narrativa, sino en la poesía e incluso en la pintura. Tenemos a nuestros escritores “excéntricos”, esa lista



que incluye entre otros a Juan José Arreola, Amparo Dávila, Francisco Tario, y Guadalupe Dueñas. Todos ellos escribieron al menos un relato de terror. Pero también Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Elena Garro, Juan Rulfo, Sergio Pitol, Salvador Elizondo, e incluso Octavio Paz, escribieron obras que podrían enmarcarse dentro de la literatura de terror. Difícil pensar en un autor que no haya escrito un texto en el que la inminencia del mal —sobrenatural o cósmico—, de la sin razón y la locura, no fuesen protagonistas.

En los autores nacidos a partir de 1960, la práctica de narrar historias macabras se ha presentado con mayor constancia. Es, podría decirse, un signo de los tiempos: el cine, el *comic*, los videojuegos, e incluso ciertos tipos de música (del *rockabilly* al rock gótico), han hecho del terror tanto su parque de juegos como su laboratorio de experimentación. El mejor ejemplo de esto lo encontramos en la figura del muerto viviente, ya sea zombie o vampiro, que el cine ha utilizado como metáfora ideal para expresar los males de la sociedad, desde el consumismo y las enfermedades de transmisión sexual hasta los diferentes tipos de depredación humana.

Ya no nos reunimos alrededor de la hoguera para contar historias, pero el ritual se conserva frente a la pantalla del cine, el televisor o la computadora, ahí estamos. Intercambiando historias en las que aparecen una y otra vez las siluetas de nuestros miedos y nuestros deseos, en especial los más oscuros.

Autores como Bernardo Esquinca, Vicente Quiarte, Norma Lazo, Bibiana Camacho, José Luis Zárate o Federico Vite han demostrado que no es necesario copiar las historias o las fórmulas de los autores extranjeros. Sus historias poseen la originalidad y calidad suficientes para demostrar que no estamos ante ninguna moda, sino ante una propuesta narrativa rica en imaginación, vigorosa, diversa, y de particular gusto por lo macabro. ■